Nada es perfecto en Hawái

Màrius Serra

DESTINO

Nada es perfecto en Hawái

Màrius Serra

Traducción de
Victoria Pradilla

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1376

Título original en catalán: *Res no és perfecte a Hawaii*

© Màrius Serra, 2016

© Editorial Planeta, S. A. (2016)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© de la traducción del catalán, Victoria Pradilla, 2016

institut ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Primera edición: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-233-5139-8
Depósito legal: B. 15.022-2016
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Kahi 9

Lua 35

Kolu 215

Ha 429

Lima 479

Ono 523

I

El capitán ya lo había decidido antes de desembarcar en esta isla que llama en su lengua europea *Oh why he*. La única posibilidad de recuperar la chalupa que les han robado los isleños pasa por invitar al rey al barco y esperar. Tarde o temprano se producirá el intercambio. Ya está hasta la coronilla de robos impunes. Tener que parlamentar constantemente con unos y con otros para tratar de convencerles de la importancia de la propiedad privada es una actividad agotadora, sobre todo si tiene que usar la lengua de los isleños. Los hechos serán más efectivos que las palabras.

Baja de uno de los botes seguido por su segundo lugarteniente y empiezan a caminar por la costa, impecablemente uniformados, con el paso firme y el mosquetón ceñido sobre el hombro derecho. Los botones dorados relucen, la brisa amenaza con llevarse sus gorras de oficial, y las botas se clavan en la arena que les separa del roquedal. Allí, los dos hombres preguntan por el rey a los isleños que se les acercan. Mar adentro, ocho campanadas expanden su son entre palmeras, como si los barcos de los visitantes fuesen dos pétreos campanarios asentados en el fondo de la bahía. Son las ocho de la mañana en el paraíso y el rey aún duerme.

La piel tostada de los isleños contrasta con los colores vivos de las casacas del capitán y de su segundo lugarteniente. Sonrientes, los isleños les muestran el camino hasta

un grupo de cabañas muy cercanas, alzadas al resguardo de unas palmeras. El capitán se detiene ante la que ocupa el rey y alecciona a su subordinado para que entre a despertarlo. El lugarteniente entra y sale enseguida. A pesar de lo abrupto de la situación, el rey, al que recién acaba de despertar, reacciona con serenidad. Mientras los dos oficiales esperan en su puerta, aprovecha para desperezarse, todavía en el interior de la cabaña, se pone una túnica blanca y sale en compañía de dos chiquillos que son hijos suyos.

Los tres hombres y los niños forman un corro que pronto aumenta con otros isleños expectantes, y el capitán expone el flagrante caso de su embarcación robada. Tanto él como el lugarteniente chapurrean la lengua del rey, pero el diálogo es breve y el capitán lo remata con un comentario en lengua europea para que solo su segundo pueda entenderle.

—*He is quite innocent of what has happened* —sentencia—, *of that I am convinced*.

El rey, con el que el capitán mantiene una relación que ya empieza a ser dilatada, accede de buen grado a acompañarlos hasta los botes que esperan en la playa, casi en el rompiente mismo de las olas. Envía por delante a sus bulliciosos hijos y acompaña a paso de buey a los dos hombres uniformados.

Apenas ha dado unos pasos cuando una de las esposas más veteranas del rey irrumpe en escena. Chilla y llora ruidosamente, rodeada por otros isleños. Antes de que puedan darse cuenta se aferra como una garrapata a su señor, gimoteando, y le pide que no acompañe a aquellos hombres. Sobre todo, chilla, que no embarque con ellos por nada del mundo. Nunca jamás. Refuerza su mensaje con las manos. Le agarra de los pelos con la fuerza de su peso muerto.

La agitación nerviosa de la esposa veterana se extiende al resto de los isleños cuando se enteran de una mala noticia que les llega del otro extremo de la bahía. Los hombres

del capitán han matado a un jefe isleño muy conocido que pretendía saltarse el bloqueo impuesto por los marineros a raíz del robo de la barca.

La reina que gimotea hace prevalecer el peso de su cuerpo y consigue que el rey se siente en el suelo, abatido de forma figurada y literal por sus maniobras. El capitán empieza a darse cuenta de las dificultades crecientes que presenta su plan inicial. Mientras la esposa desolada y su grupo de seguidores insisten en la inconveniencia de embarcarse, los dos pequeños y bulliciosos príncipes juegan a salpicarse con los marineros del bote que ha de llevarles al barco.

El lugarteniente está inquieto. Con la mano derecha se aferra a la cinta que le ciñe el mosquetón al hombro y trata de escrutar el rostro imperturbable de su admirado capitán.

—Nunca lograremos que suba a bordo sin tener que matar a un montón de esta gente —le oye decir después de un largo silencio.

Le parece que el comandante recapacita y que a continuación renunciará al plan de embarcar al rey. Pero no. En la lucha interior entre la obligada prudencia y la devota obstinación, vence la devoción. Cada vez son más los isleños que se sientan en corro junto a su rey. La tensión va en aumento. La veterana esposa aún lloriquea, sin dejar de aferrarse a él. El gran hombre es ya un hombre viejo y parece resignado a obedecerla. El lugarteniente sigue pendiente de las órdenes del capitán, consciente de que todos han cambiado de actitud menos su superior.

La noticia de la muerte del jefe isleño se extiende, el rey continúa con el culo pegado al suelo, y los pequeños príncipes ya no saben si volver a saltar de la barca o quedarse en ella...

Un rumor sordo coloniza el silencio ciego que había precedido a los sollozos de la reina. Empiezan a oírse voces. Voces que gritan. Voces que protestan. Que insultan.

El lugarteniente, desalentado por la inexpresividad de su capitán, empieza a escudriñar las zonas más cercanas y le parece detectar miradas agresivas, lanzas que levemente se levantan, súbitos movimientos inquietantes...

Ahora los marineros más cercanos tienen la barca a diez metros de la orilla. Los pequeños príncipes acaban de saltar de ella y la indignación de los isleños va en aumento. El lugarteniente aferra cada vez con más fuerza la cinta de su mosquetón. Tiene la sensación de que el capitán se ha quedado paralizado por la indecisión. Enredado en un embrollo mental de síes, noes y quizá. Todo se ha torcido y, no obstante, el comandante no acaba de tomar ninguna decisión para enderezar las cosas, como si estuviese esperando una señal exterior para activar todos los mecanismos.

La señal es clara. Todo se precipita cuando alguien lanza un objeto contundente que impacta en el rostro del capitán y hace que se descuelguen los mosquetones de los hombros uniformados. El primer disparo es solo una perdigonada sin metralla, pero el segundo ya abate a un isleño, quizás el mismo que había hecho el lanzamiento. Entre las dos detonaciones, otro isleño intenta apuñalar al inquieto lugarteniente, que para el golpe como puede y repite la orden que le parece haber oído en boca del capitán: «*Take to the boats!*». A los botes, pues, desde cuya inestable superficie los marineros disparan contra la masa enfervorizada. Cada detonación los desequilibra y les hace temer que con el siguiente disparo se revienten un pie.

Justo en el momento en que el atento lugarteniente acaba de repetir la presunta orden de retirada, recibe el impacto de un pedrusco. El oficial vuelve a incorporarse y entonces recibe una puñalada. La hoja de una *pahooa* se hunde en su hombro. El agresor isleño, alentado por el éxito, se lanza sobre la casaca roja para intentar rematarlo, sin saber calcular el riesgo que supone el largo cañón del mosquetón que el hombre uniformado dirige contra su

pecho. El uno dispara y el otro cae fulminado. Ensangrentado. Muerto.

Con el mosquetón ya totalmente descargado, la espada es la única arma que le queda al oficial para tratar de rescatar a su capitán. El aguerrido lugarteniente se vuelve con rapidez, pero no ve ni rastro de él. Ni el color chillón de la casaca, ni los picos afilados de su sombrero, ni el cañón o la culata del mosquetón. La vista panorámica que se extiende ante él es pavorosa. En un paisaje idílico una muchedumbre de isleños semidesnudos se abalanza sobre su posición. La única salida es el mar.

El bote más cercano todavía está a unos metros, y el oficial chapotea olas adentro, confiando en que su capitán se haya podido zafar y ya esté a salvo. La distancia es corta, pero el camino resulta tortuoso. Continúa la lluvia de piedras. Una de dimensiones considerables le vuelve a golpear en el mismo hombro dolorido y provoca que caiga de nuevo de bruces en el agua.

El soldado ha de arquear el cuerpo como un león marino para poder sacar la cabeza; se incorpora con dificultad y, completamente empapado, se adentra en el océano sin darse cuenta de que el agua está teñida de rojo por la sangre derramada. De camino a la barca, se topa con uno de sus compañeros, tumbado boca abajo, a punto de ahogarse; lo arrastra heroicamente y lo empuja a bordo del bote con la ayuda de dos marineros. Después sube él, apremiado y torpe, mientras sus compañeros continúan disparando en pie y pierden el equilibrio por el retroceso que provoca cada detonación.

La mayoría de los marineros solo ha podido disparar una vez. El caos provocado por la reacción de los isleños y la inestabilidad de la embarcación los ha intimidado. El lugarteniente tercero comanda ahora los dos botes, e interpreta el *take to the boats*, teóricamente trasmitido por el comandante al segundo lugarteniente, como una orden en toda regla. Los dos botes regresan hacia los barcos, sin

arriesgarse a rescatar al capitán y a los cuatro hombres que se han quedado luchando en la arena, entre la muchedumbre de isleños.

Solo cuando ya están fuera de peligro, el lugarteniente segundo se da cuenta de que ya no pueden hacer nada para salvar la vida de su comandante. Entonces, Molesworth Phillips se desespera. Grita, reniega e insulta al tercer lugarteniente, que les ha obligado a alejarse a toda velocidad del escenario del crimen con el pretexto de unas presuntas órdenes del comandante. La huida ordenada por este John Williamson, tercer lugarteniente en el barco *Resolution*, hace que los marineros británicos, que se han acercado a la bahía de Kealakekua para intentar recuperar una chalupa robada por los hawaianos, abandonen un montón de armas de fuego, ávidamente capturadas por los isleños, y también los cuerpos de cinco compañeros, uno de los cuales es el de James Cook, el gran capitán y comandante de esta tercera expedición británica a los mares del Sur que pasará a la historia por su muerte.